



En la educación de un niño, las relaciones entre sus padres y sus maestros plantean problemas cada vez más numerosos. En dos sociedades que se reparten la obra educativa: la familia por una parte, el colegio por otra, esta última ve extenderse sus poderes de día en día a costa de la primera.

Desde hace tres cuartos de siglo el colegio ha extendido su papel en el tiempo, por la prolongación de la duración legal de la escolaridad y por otra prolongación, ésta en sentido inverso, debido al hábito, cada vez más extendido, de confiar los hijos, antes de que cumplan los seis años, a la escuela maternal. Además, para la mayor parte de los alumnos, el número de horas pasado cada día en el colegio se ha acrecentado con las horas pasadas en los comedores y en los estudios vigilados. Los jueves, e incluso los domingos, se ven muchos de ellos bajo la tutela de maestros o monitores (más que bajo la de sus padres), en las guarderías, grupos de camaradas, patronatos escolares, preparación de fiestas, etc. También durante las vacaciones los niños están cada vez más al cuidado de instituciones tales como campos y colonias de vacaciones.

Al mismo tiempo el papel de la escuela ha ganado también en profundidad, en el modo de acción que ejerce. Se han desarrollado su función social y su función moral. La tradicional división entre instrucción y educación, muy artificial, ha sido superada. El colegio pretende no solamente dar la instrucción, sino también tiene la ambición de formar en cada

uno de los alumnos su carácter y prepararlos a vivir en el mundo que los espera cuando sean mayores. Su acción se superpone cada vez más a la de la familia.

Hay también entre ellas dualidad de hecho o al menos dualismo. Ello no significa forzosamente oposición o contradicción, pero encierra problemas. En efecto, el niño tiene una absoluta necesidad, para su equilibrio moral y afectivo, de que la unidad de acción sea realizada por las personas encargadas de su educación. Le es perjudicial, por ejemplo, no solamente tener unos padres en desacuerdo y que no cesen de redir entre ellos, sino, incluso, el estar sometido al mismo tiempo a una madre muy indulgente y a un padre muy severo, o a la inversa. Le desconcierta íntimamente que los principios educativos del colegio y los de la familia no estén en armonía, y este desequilibrio puede repercutir en él, ocasionándole un humor inestable, caprichoso o irritable, por un encerrarse en sí mismo, por una explotación insuficiente de su capacidad mental.

Vayamos aún más lejos. No basta que la educación escolar y la educación familiar estén de acuerdo en los

principios, en las reglas generales; es necesario también que haya armonía entre las personas encargadas de los dos aspectos de la educación. En efecto, la educación no es una obra anónima, la persona de los educadores constituye un factor capital.

Del lado de los padres: Divergencias de puntos de vista.

Precisemos la forma en que se presentan los problemas que nacen de las relaciones entre las dos categorías de personas encargadas de la educación.

Por parte de los padres, los sentimientos y la actitud de la madre pueden ser la causa de estas divergencias mucho más a menudo que en el padre. En efecto, la madre, encargada por la naturaleza de la primera educación al mismo tiempo que del primer cuidado de alimentación, queda unida de una forma mucho más íntima, a veces más dominante y celosa, al hijo que ella ha llevado en su seno. Además, la madre participa mucho más de cerca que el padre en inculcar los buenos hábitos, que suministran lo esencial de la educación moral de la primera y segunda infancia. En fin, su sensibilidad se ve afectada más vivamente por los desacuerdos que pueden resultar de los otros educadores de su hijo y ella reacciona de manera más entera poniendo en él toda su persona. No es indiferente considerar que, en sus relaciones con el colegio, la madre se encuentra cada vez más enfrente de otra mujer: la profesora de clases primarias, que, hasta la enseñanza media, tiende a reemplazar, incluso en los colegios de chicos, al instructor hombre que es muy difícil de encontrar. Pues todos sabemos que las relaciones sociales de las mujeres entre sí son más difíciles que las habidas entre mujeres y hombres; que la susceptibilidad en ellas está más despierta y que los fermentos de hostilidad, de celos, de agresividad son más virulentos.

Conviene distinguir, entre las causas que pueden perjudicar a la buena armonía de estas relaciones, divergencias y rivalidad.

Desacuerdos respecto a los deberes.

Las divergencias, desacuerdos en la manera de dirigir al niño, se refieren a su instrucción, la concepción de la

PADRES

y



MAESTROS

enseñanza en cualquiera de sus detalles, o toda en general. Es un hecho que en nuestra época, en que los métodos de enseñanza son puestos en práctica y renovados por los encargados de proporcionarlos y aplicarlos, muchos padres se encuentran con el retraso de una generación, sobrepasados por concepciones nuevas, ligados a modos de adquisición de conocimientos que fueron los de su propia infancia escolar. Las exigencias de los padres son a menudo mucho menos liberales, mucho más coactivas para los alumnos que las de los maestros. ¿Por qué negar, por ejemplo, que existe entre el colegio y las familias una divergencia fundamental en el tema de los deberes en casa y del estudio? La administración escolar ha terminado por reconocer que estos deberes imponen una inútil tarea suplementaria a niños sujetos a seis horas cotidianas de trabajo concentrado, y, en consecuencia, los ha suprimido. Los educadores aprueban esta reforma y hacen todo lo posible por aplicarla; pero no olvidemos las concepciones, pasadas de moda, de algunos padres que estiman que no se hace trabajar bastante a sus hijos; para dichos padres, trabajar es hacer deberes: quieren que los cuadernos estén llenos de ejercicios largos y numerosos, y que su hijo escriba todavía muchas páginas cuando sale del colegio. De una forma más general, recurrir a métodos pedagógicos llamados nuevos, es considerado con cierta prevención. Hay un gran sector en el que la educación de los padres es necesaria. Los maestros son los mejor calificados para aconsejarlos con todo el tacto, discreción y comprensión necesarios.

Rivalidades por apego a las personas.

Otras divergencias atañen al aspecto moral y social de la educación. En concreto, la madre no está de acuerdo con la maestra sobre, por ejemplo, un castigo infringido al alumno; o bien no da la misma importancia que la maestra a la virtud de la puntualidad y deja a su hijo llegar tarde a clase, o incluso es la misma madre quien le hace faltar al colegio sin ninguna razón.

Es el niño quien, en definitiva, paga la rivalidad, más o menos consciente, que puede oponer a sus padres y más particularmente a su madre —ya lo hemos dicho—, contra su maestra. Tal rivalidad tiene un origen profundo. Es natural que una madre, cuando se separa de su hijo para que vaya a la escuela primaria, experimente cierta pena, un sentimiento de privación. Es casi natural que este sentimiento se convierta, respecto de la maestra o de la encargada del jardín de la infancia, en un sentimiento de usurpación. El niño contribuye a ello, transfiriendo a su educadora parte de su amor filial, sintiendo su prestigio, y esto parece a la madre como una tremenda competencia.

Durante la adolescencia y la escolaridad primaria, la división continúa y se acentúa. Los sentimientos escolares (de camaradería, de equipo) parecen a menudo tomar primacía sobre los sentimientos familiares; la autoridad familiar no es la única en ejercerse, y ocurre que el alumno le opone explícitamente la autoridad escolar por la fórmula para él sin réplica: "el maestro lo ha dicho". ¿Cómo, entonces, los padres no estarían tentados por un sentimiento de malquerencia hacia este maestro, contra este intruso que, como persona interpuesta, se impone al hogar para intentar en él crear la ley?

Tales son, vistas del lado de los padres, las causas de esta dificultad en las relaciones, dificultad que puede llegar hasta el conflicto.

Por parte de los maestros: Falta de condescendencia.

Por parte de los maestros, las perspectivas son diferentes. Su parte de responsabilidad en la falta de armonía de las relaciones con los padres, estriba en que los maestros se aferran demasiado estrechamente a su punto de vista de especialistas de la enseñanza y de la educación. Esta actitud puede revestir diferentes aspectos.

El niño no es más que un alumno.

Un primer aspecto, es la tendencia a considerar que el niño sólo es un alumno. Se controlan los resultados escolares, se anota, se coloca al niño en una de las siguientes categorías: bueno, pasable, mediocre o mal. Se le juzga inteligente o poco dotado, desigual, aturdido o atento, según las materias, trabajador o perezoso.

Se ve en él un elemento, como dicen ciertos maestros llenos de buenas intenciones, por otra parte. Esta manera de clasificarlo en una especialidad escolar, haciendo omisión de su capacidad afectiva, que es determinante y dominante en su personalidad, es, digámoslo claramente, uno de los más seguros medios de desconocer al niño y de equivocarse respecto a él.

Un segundo aspecto, que es prolongación del primero, consiste en que, a pesar de mostrarse atento al comportamiento general del niño, a sus relaciones con sus compañeros, a su vida sentimental, no se le estudia más que limitado en sí mismo, como un fenómeno aislado, sin tener en cuenta sus condiciones de vida en cierto medio familiar y social. Grave insuficiencia, y grave error: pues el niño, más que el adulto, es el producto del ambiente social. Llega a la escuela con las costumbres adquiridas en el hogar, costumbres de comportamiento, particularmente del lenguaje, y lleva al colegio también los problemas familiares que más le inquietan. El juicio de un maestro respecto a un alumno es bien débil si no tiene en cuenta el medio que rodea al niño, las relacio-

nes de sus padres con él, y las relaciones entre dichos padres.

El maestro se cree el único confidente.

Finalmente, el tercer y último aspecto de este error de perspectiva, es la tendencia del maestro a considerarse como el único investido, por sus estudios y su experiencia, de competencia educativa, y a no reconocer un derecho de supervisión más que a sus jefes jerárquicos; a rehusar toda intromisión, en su obra, de no especialistas, tales como los padres. Pero, incluso si los padres tienen concepciones erróneas, es necesario contar con ellas, y no parecerse a esos conductores de autobús a quienes está prohibido hablar. El diálogo con los padres es, al contrario, una necesidad tanto más imperiosa cuanto sus concepciones educativas estén más alejadas de las de los maestros.

Hasta aquí, esquematisados con trazos sistemáticamente pesimistas, los datos de los problemas que presentan las relaciones entre padres y maestros y las causas psicológicas y morales de las dificultades que pueden aparecer en estas relaciones. ¿Cuáles son los remedios a estas dificultades?

¿Cómo colaborar?

¿Cómo considerar las modalidades prácticas de esta colaboración? ¿Cómo cada miembro educador llegará a conocer al otro, a establecer contactos provechosos con él, a tener una idea de su posición educadora?

Las relaciones entre padres y maestros actúan en dos planos distintos, a los que corresponden problemas diferentes: por una parte, el plan de las asambleas y de las reuniones de grupos para las cuestiones educativas de interés general en el cuadro del Establecimiento escolar; y por otra el plan de las relaciones inter-individuales, de persona a persona, para las cuestiones que atañen más particularmente al niño. Las estudiaremos una y otra.

Asociaciones de padres de alumnos.

Desde hace muchos años, en algunos países, las Asociaciones de Padres de Alumnos se han desarrollado cada vez más, sobre todo en los grandes centros urbanos, y también en las ciudades de importancia media e incluso en el campo. Su actividad es muy variada, pero se ejerce siempre en el sentido de la cooperación entre familia y colegio. Es de interés y deber de los padres adherirse a ellas y participar en sus reuniones, en particular la que se lleva a cabo generalmente al comienzo del año escolar, y en la que son examinadas las condiciones de funcionamiento del Establecimiento con vistas a los 9 ó 10 meses futuros.

Es interesante que los padres queden informados de las condiciones en

que van a trabajar sus hijos, y que contribuyan a los esfuerzos que realizará la Asociación para mejorar estas condiciones. Es interesante, igualmente, que los padres conozcan y escuchan a los maestros de sus hijos, y se den cuenta de la buena voluntad que les anima. Contactos, por otra parte, muy útiles, pero que no llevan consigo una verdadera reciprocidad: pues si bien los miembros de la Asociación conocen a los maestros, éstos, al contrario, se encuentran ante una masa prácticamente anónima, en la que no se destacan más que aquellos padres que intervienen activamente en el coloquio; pues muchos otros no intervienen ante el temor de hablar en público.

Reuniones por clase.

Otro género de asambleas, con objetivos más limitados y por ello más propicios al contacto personal, es el de las reuniones de madres, que las directoras de colegios de primaria tienen costumbre de organizar desde hace tiempo.

Se trata de agrupar a los padres de los alumnos, no los de toda la escuela sino solamente los de una clase (o, en rigor, los de algunas clases del mismo nivel) y, después de una breve exposición presentada por la profesora o la directora sobre un tema limitado y preciso (por ejemplo el trabajo en casa, la persona escolar, la influencia de los jefes, las recompensas y los castigos, etc.), invitar a los asistentes a dar cuenta de sus dificultades personales y de sus deseos al respecto. Estas reuniones son muy fecundas. El educador se abstiene de predicar o de enseñar; se preocupa solamente en ser moderador, en volver el debate a su cauce cuando empieza a divagarse, y a extraer conclusiones provisionales de la discusión. Allí, cada uno comprende que sus problemas no son únicos, y se da cuenta de que no debe dramatizar. La comprensión y la confianza entre maestros y padres se establece, y, gracias a estas reuniones por clase, se refuerzan.

Sin embargo, para aclarar y solucionar los problemas particulares de cada escolar, se imponen relaciones personales entre educadores y padres. Conviene distinguir entre relaciones escritas y relaciones directas.

Hojas de correspondencia.

Las relaciones escritas nacen legalmente por el empleo de correspondencia o por la libreta de notas, esta última completada por la apreciación del profesor. Libreta u hoja, dirigida a los padres, debe ser firmada por el destinatario; si éste quiere hacer observaciones, puede consignarlas en el documento; sin embargo, es mejor pedir una entrevista con el profesor o el jefe del Establecimiento. Además de estas comunicaciones regulares, el director tiene otras ocasiones en que

transmite a los padres mensajes escritos. Particularmente, los avisos de los incidentes notables de la vida escolar de sus hijos. Por su parte, los padres escriben al director o al profesor en todas las circunstancias en que, por excepción, su hijo no puede cumplir la regla común o la costumbre general: enfermedad u otro caso previsto por la ley, que obliguen a faltar al colegio, imposibilidad de aprender sus lecciones para el día siguiente por parte del niño, petición de dispensa de comedor o de tareas para la tarde, etc. En principio, los padres deben escribir al director o directora.



responsable de la marcha del Establecimiento y encargado de las relaciones con las familias, exponiendo de manera clara, precisa y sobria, al mismo tiempo que completa, el objeto de su actuación. Si presentan a la vez muchas peticiones, mejor es redactar cada una de ellas en hoja aparte.

Necesidad de entrevistas personales.

Pero para las cuestiones un poco delicadas, no habremos de casos graves, es necesario recurrir a las relaciones directas, a la entrevista personal. Si bien es cierto no conviene abusar, fatigar a los directores o profesores con visitas continuas. Los padres deben comprender que el jefe de un Establecimiento de centenares de alumnos, e incluso el profesor de 15 escolares, no pueden recibir individualmente, cada semana, a los padres de cada uno de sus alumnos.

será obligatoria una primera visita para la inscripción del niño en sus comienzos escolares. Después, si todo va bien, una visita de vez en cuando es suficiente. Pero en caso de duda, de malestar, de inquietud, motivados por la conducta o por el trabajo del alumno, no se debe dudar. El profesor o el director, deben, en tal caso, provocar la invitación al encuentro. Es preciso que los padres los sientan accesibles, deseosos de cooperar con ellos. Conviene también que las condiciones exteriores, materiales, del encuentro, estén suficientemente establecidas: que

se sepa qué días de la semana, a qué horas, y en qué lugar podrá tenerse la entrevista.

El director dispone de un despacho, lo que facilita las cosas. Los profesores, en cambio, no tienen una sala a ellos reservada, una sala aislada y vacía de colegas, propicia a las confidencias. En la ciudad, a menudo las entrevistas se desarrollan en el pasillo de los colegios e incluso en una acera de la calle; a veces, también, el profesor prefiere recibir a los padres en su domicilio. No importa lo que sea; la cita debe ser pedida siempre, con los padres o con el director, con algunos días de anticipación, indicando su objeto sumariamente.

Padres y maestros abiertos a la discusión.

Cuando nazca un desacuerdo o dificultad, las dos partes deben entrevistarse con un espíritu libre de toda hostilidad, con voluntad de conciliación, acallando toda susceptibilidad y teniendo en cuenta, sobre todo, el bien del niño. Los padres deben particularmente acordarse de no conceder un crédito absoluto a la presentación de los hechos realizada por su hijo. Deben saber que, aun sin actuar de mala fe, los niños deforman la realidad, sin darse cuenta, y no son objetivos. En lo que respecta al maestro, no debe sentirse personalmente ofendido por el mal comportamiento de su alumno, sino conservar la serenidad. Su actitud debe ser la del observador y la del árbitro; la entrevista le servirá para conocer mejor las condiciones en las cuales vive el alumno fuera de las horas de colegio, y para comprender en qué medida la psicología de los padres explica el comportamiento de su hijo.

Si se cumplen estas condiciones, la entrevista será fecunda, disipará los posibles malentendidos y contribuirá a armonizar los esfuerzos para hacer la educación más eficaz. Cae de su peso que, al menos en la primera entrevista, destinada a solucionar una dificultad concerniente al niño, éste no debe asistir.

El campo de esta colaboración.

En primer lugar, la salud del niño, su estado físico. La salud del alumno interesa directamente a los padres, no hay que decirlo; pero también a los profesores, que no olvidan el primer término del triple objeto asignado por la Ley a la escuela primaria: educación física, intelectual y moral. Pero interesa también indirectamente a unos y a otros, por las consecuencias que el estado de salud pueda tener sobre la calidad de los estudios. Las crisis del crecimiento, que se manifiestan inopinadamente en el curso de la escolaridad, absorben la energía del joven ser para su desarrollo corporal, de suerte que no le quedan energías bastantes para el trabajo in-

lectual que se le exige; entonces es muy fácil acusarlo de perezoso.

Informarse recíprocamente respecto a la salud del niño.

Incluso fuera de estos períodos, la fragilidad del sistema respiratorio, los parositos intestinales, las secuelas de enfermedades infecciosas pueden ser una causa para una perturbación en el trabajo, de incapacidad de un esfuerzo constante. Por ello, el profesor tiene el deber de informarse, cuando comprueba en un alumno un debilitamiento notable; su origen es a veces un estado físico, no siempre advertido. Y los padres, por su parte, deben poner en conocimiento de los profesores, para que se preocupen de ello, los accidentes de salud, incluso los ligeros, sobrevenidos al niño.

Si los padres pueden informar útilmente al profesor sobre estos puntos importantes, es éste, por su parte, quien debe preocuparse por ciertas deficiencias físicas, como las de la vista o el oído, que son mucho más frecuentes de lo que se piensa. El mismo niño no se da cuenta, y los padres no sospechan nada; pero es el profesor quien, por ejemplo, se da cuenta que tal o cual alumno no comprende sus explicaciones, es incapaz de repetir las, y, por tanto, trabaja mal, porque quien tiene duro el oído, o también quien comete faltas copiando es que, miopía o astigmatia, descifra mal lo que está escrito en la pizarra. El profesor no se contenta con cambiarle de lugar en la clase, sino que comunica a los padres su observación, a fin de que ellos consulten un médico y puedan poner remedio a estas deficiencias.

Cuando los padres se avergüenzan de los resultados en la escuela.

El tema sobre el cual padres y maestros se consultan más a menudo es el de los estudios, el del éxito escolar del niño. Claro está que las personas interesadas, cada una en su sector, en la educación, experimentan la necesidad de reunirse sólo cuando ven que algo marcha mal. Estas reuniones, a las que en principio no debe asistir el niño, tienen generalmente un efecto bienhechor sobre su trabajo, y el colegial se encuentra estimulado por el sentimiento de saber que se interesan por él. Por otra parte, no hay nada que perder porque el profesor y los padres confronten sus puntos de vista.

Ciertos padres, por una especie de orgullo familiar, son demasiado exigentes o demasiado ambiciosos para sus hijos, en el sentido que sus exigencias y sus ambiciones no responden a las posibilidades intelectuales del niño. Estos padres se sienten humillados si el alumno es obligado a repetir curso, si es él el último en la clase. El profesor, que ve las cosas más objetivamente, se esfuerza por hacerles comprender que el interés del ni-

ño exige que no se le fuerce, que no se le deje sin aliento por querer mantenerlo en un nivel que no es el suyo; les disuade de comparar a su hijo con sus camaradas más favorecidos, y les inducen a considerarle en sí mismo, en sus esfuerzos y progresos. Les muestra, dado el caso, que la admisión en una clase de perfeccionamiento es la solución que mejor puede permitirle sacar partido de sus condiciones y recursos mentales.

Buscar en común las causas de las inaptitudes.

Si se trata de lo que llamamos, demasiado fácilmente, perezosa, y que consiste, por ejemplo, en que no le gusta el estudio, o ciertas materias, el cambio de puntos de vista puede permitir descubrir las causas. Estas, ya lo hemos dicho, deben, con frecuencia, ser buscadas en el campo físico del colegio. Pero hay otras, más difíciles de encontrar, y que se refieren a perturbaciones afectivas de las que ni el niño ni sus padres se han dado cuenta y en las que el profesor debe separar durante las conversaciones con uno u otro de los padres. Se puede sospechar y poner en claro una cierta desunión de la familia, o una modificación reciente en el hogar (como las segundas nupcias de uno de los padres o el nacimiento de un hermano) que hace creer al niño que ha perdido parte del afecto maternal; y tales condiciones son el origen de muchos fracasos escolares. Con mucho tacto y precauciones, se puede llamar la atención de los padres sobre estas condiciones que explican muy a menudo los fracasos escolares; se puede incluso, si se encuentran en un gran centro urbano, obligarles a una consulta, en la escuela, de los padres o en un centro psicopedagógico.

Actitud del niño con respecto a sus compañeros.

Así como son los padres quienes, generalmente, se preocupan de los fracasos escolares más que el director de la escuela o el profesor, son más bien los maestros, en cambio, los que toman la iniciativa y señalan a los padres dificultades escolares de otro orden, tales como las que se refieren a las relaciones del alumno con sus compañeros. En efecto, la personalidad del niño es a veces doble, y su comportamiento en la escuela puede ser muy diferente del que observa en el hogar; los padres por una parte, el profesor por otra, son solamente testigos de uno de estos aspectos, y es conveniente que se informen mutuamente del otro. Una mala adaptación a la vida escolar se traduce por dos actitudes opuestas: o bien una timidez excesiva, (los introvertidos que no osan mezclarse con sus compañeros, tomar parte en sus juegos), o, al contrario, la agresividad, el gusto por las riñas o, para los más enfermizos, la

terquedad. En este caso, estamos ante niños encerrados en sí mismos y que un exceso de manifestaciones ternas y precauciones han vuelto demasiado vulnerables en su afectividad. El profesor puede ayudar a los padres a darse cuenta de ello, y a buscar el remedio mediante una educación familiar más viril, más tonificante. En el otro caso, la agresividad es a menudo para el niño una manera de compensación a una angustia, a deseos reprimidos, a una falta aparente de ternura de la cual los padres deben tener interés en darse cuenta.

Interpretación de los dos ambientes educativos.

Respecto a las dificultades en las relaciones con el profesor o profesora, dificultades que consisten en la desobediencia, la inestabilidad, y más raramente, la insolencia, no son más que traducción de un estado íntimo de desequilibrio, de inquietud, y muy frecuentemente un deseo de hacerse notar, cueste lo que cueste. Una reunión transfere, de forma resumida, al profesor o profesora, los sentimientos que experimenta hacia su padre o madre, y su actitud en la escuela puede, de esta forma, explicar una especie de revancha. Una entrevista con el profesor puede provocar en los padres el que ellos reconsideren su actuación, y de esta forma modifiquen su conducta.

Recíprocamente, el profesor tiene interés en conocer las dificultades que los padres puedan encontrar en la educación familiar y que el comportamiento del niño en clase no siempre evidencie; interés en ser informado también de las relaciones del niño con sus hermanos cuyo estilo puede ser diferente del de las relaciones con sus compañeros. El intercambio de puntos de vista sobre la utilización del tiempo libre, sobre las amistades del niño, el empleo de su dinero, dan también ocasión de confrontar útilmente opiniones educativas que no proceden de la misma óptica.

El importante problema de la orientación escolar.

Finalmente, hay un capítulo de diálogo entre padres y maestros sobre el que la reciente reforma escolar acaba de llamar la atención de las dos partes, subrayando su importancia: es el de la orientación. No la orientación profesional, sobre la cual los profesores pueden sugerir a los padres solamente algunas indicaciones negativas, como las inaptitudes, sino más bien la orientación escolar, que, con la prolongación de la escolaridad y la necesidad de dar a cada uno el género de instrucción que mejor se adapte a sus cualidades, acaba de hacer su irrupción en las instituciones escolares.

A. FERRE—Inspector de Enseñanza "L'École des Parents"—Rue Brunel, París.